

## UNA NACIÓN CATÓLICA: 1880-1946

Luis Alberto Romero

(en Carlos Altamirano (ed), La Argentina en el siglo XX. Buenos Aires, Ariel, 1999, p. 314-324).

### Ocupar el centro

¿Es católica la Argentina? Recientes medidas laicas no alcanzan a disimular el lugar central de la Iglesia católica en nuestra nación. Es claro en comparación con el Uruguay, que separó la Iglesia del estado en 1919, o con Chile, donde a pesar de la fuerte catolicidad de la sociedad, Iglesia y Estado están igualmente distanciados.

No fue siempre así. La Iglesia avanzó desde los márgenes hacia el centro de la nación a lo largo del siglo XX. Hubo opciones, como en los 30, cuando disputaba la legitimidad con una alternativa liberal y progresista, de fuerte impronta socialista, y hubo combates importantes, como los de “la laica y la libre”, en 1958. Hoy su posición es admitida, sin mayores discusiones, y los ejes de la conflictividad pasan por otros lados. Esta pacificación tiene un beneficio: nos permite a muchos mirar a la Iglesia y al mundo católico con menos apasionamiento, y advertir no solo su diversidad sino su fuerte conflictividad. En ese mundo, las alternativas locales se potencian con las de la Iglesia ecuménica; hay distintas opciones pastorales, que el último Concilio Vaticano legitimó, y sobre todo, circulan en su interior muchas corrientes, posturas y alternativas políticas e ideológicas, mayores en tanto la Iglesia y los católicos postulan que existe una manera católica de resolver cada uno de los problemas de este mundo. Sobre todo, hay una fuerte tensión, siempre mal resuelta, entre la institución -y su jerarquía- y el mundo de los laicos: las apelaciones a la unidad y la disciplina chocan con los reclamos de una autonomía creativa que el último Concilio ha robustecido y alentado. En suma, apenas disimulado por los postulados esenciales de la unidad y la jerarquía, el mundo católico es tan conflictivo y fragmentario como cualquier otro mundo, y su identidad es a la vez una y muchas. Las opciones del siglo lo fragmentan, mientras que la unidad –rara, salvo en la percepción de sus adversarios- es construida con dificultad, a veces por la apelación jerárquica a la disciplina y otras por una suerte de electricidad moral que, en momentos especiales, pone a los católicos en movimiento y los encolumna en un ejército, si no disciplinado, al menos espiritualmente unido.

¿Qué significa ocupar el centro de la nación? La religiosidad íntima no parece ser lo esencial: la sociedad argentina no se destaca ni por la fe ni por la observancia: por otra parte, la Iglesia es capaz de soportar sin problemas el desarrollo de creencias alternativas. Importa si, la existencia de densos cuadros de militantes católicos, formados en su interior y con una definida marca de pertenencia; no solo son los conductores del catolicismo movilizad, sino que a través de ellos la Iglesia y el mundo católico están presentes en cada uno de los actores de la vida social y política.

Más importante es la pertenencia general de los argentinos, aquella que permite afirmar estadísticamente que somos un país católico: los actos formales de inclusión –bautismo, primera comunión, casamiento- o los de reconocimiento, como el persignarse delante de una Iglesia, que mantienen aún quienes no conservan ni la observancia ni la fe. Sobre todo, la Iglesia ha llegado a colocarse en el eje de la definición de nuestra identidad nacional, y aunque renunció a identificar unívocamente nación con catolicidad, ha logrado que se reconozca su derecho a establecer los límites de lo aceptable, manifiesto en la naturalidad

con que se admite la presencia de emblemas religiosos en cualquier espacio público. Finalmente, ha configurado los marcos lícitos para el desarrollo del conflicto social; cada uno de los actores –aún en sus manifestaciones extremas- suele reclamar su identificación con la “doctrina social de la Iglesia”, y además son frecuentemente los eclesiásticos los únicos mediadores aceptados.

### **La marcha al centro**

Hacia 1880 la Iglesia argentina era institucionalmente escuálida, y se había desarrollado mucho menos que el estado. Por entonces católicos laicos, militantes y contagiados por la movilización católica europea, reeditaron localmente los combates contra la definición laica del estado. No lo hicieron en nombre de una alternativa eclesial, que no existía; sólo pidieron poder encabalgarse y tener un lugar en el formidable proyecto educativo estatal. Todavía eran pocos, estaban mal organizados y fracasaron. Desde entonces la Iglesia fue creciendo: su nueva jerarquía comenzó a formarse en el Colegio Pio Latinoamericano, en Roma; llegaron numerosas órdenes religiosas, algunas expulsas, y los católicos laicos comenzaron a actuar organizadamente en la alta política. Pero la mayor novedad se asocia con la presencia desde 1884 del padre Federico Grote, redentorista, alemán. Con él, surgió del catolicismo una respuesta a la “cuestión social”, o sea al creciente conflicto de la sociedad aluvial y a la presencia cada vez más activa de anarquistas y socialistas. Aunque tolerado, Grote actuó al margen de la institución eclesiástica. Con los Círculos de Obreros desarrolló los principios más generales de la *democrazia cristiana*, los de Toniolo: vincular a los trabajadores con las clases cultas, y unir el mutualismo con la moralización, una propuesta aceptable para los sectores más tradicionales del catolicismo. Pero a la vez, a través de la Liga Democrática Cristiana introdujo las ideas más radicales de ese campo, que en Italia impulsaron primero Romolo Murri y luego Luigi Sturzo: formar militantes, sociales y políticos, capaces de enfrentar en su propio terreno a los socialistas y anarquistas, e impulsar, como ellos, la organización social y política de los trabajadores, que en algún momento chocarían, no solo con los patrones en general, sino con los patrones católicos. Grote –un organizador notable- logró hacer florecer el laicado católico; quizá no llegó a constituir una alternativa equivalente a la de otras militancias, pero con seguridad estimuló en el campo católico la diversidad y el conflicto, propios de quienes enfrentan opciones políticas. El caso de la *Opera dei Congressi* en Italia, disuelta por Pio X, es al respecto ejemplar; lo fue sin duda para la jerarquía eclesiástica local.

En 1912 Grote fue reemplazado en la dirección de los Círculos de Obreros por monseñor Miguel de Andrea, secretario del arzobispo de Buenos Aires. Con influencia creciente en la conducción de la Iglesia, y mucho predicamento entre los sectores altos de la sociedad, De Andrea se dedicó a la política. Desde 1910, en recordadas alocuciones, enlazó la tradición patria con la de la Iglesia; en 1916 sacó a la calle a los católicos –muchos y bien organizados-, para celebrar el centenario de la Independencia y la clausura del Primer Congreso Eucarístico. Celebró con entusiasmo la nueva democracia y se propuso organizar la participación de los católicos a través de un partido, que debía ser no solo una alternativa política, sino la única legitimada por la Iglesia. Por eso se hizo cargo del complicado emprendimiento de unificar y disciplinar las distintas expresiones del laicado, que –como en el caso de Emilio Lamarca- incluso competían con su Partido Constitucional. Ese sentido tiene el desplazamiento de Grote, y luego, en 1919, la creación de la Unión Popular Católica Argentina, un tipo de organización que por las mismas razones el Papa impulsaba

en Italia. Al igual que Grote, De Andrea quería una militancia católica que disputara palmo a palmo con los socialistas, en la calle, en los sindicatos, en la universidad, pero subordinados a una estrategia única, que en parte era de la Iglesia y en parte era propia, pues hay mucho de personal en la aventura de esta especie de Julián Sorel.

En 1916 no ha tenido éxito; no hay una alternativa católica, ni siquiera un frente común de las clases propietarias. En 1919, en el contexto de la gran crisis social de la posguerra, su voz tuvo más predicamento: llamó a la unión de las fuerzas católicas en un gran ejército unificado, y convocó a los propietarios para salvar a Roma de los bárbaros. Es la hora de dar –dice- y de dar mucho, para salvar el resto: propone un vasto programa de servicios sociales, empezando por la vivienda, costado por una Gran Colecta Nacional; el programa para enfrentar la crisis se complementa con otras acciones propias del repertorio del catolicismo social, en sus distintas variantes: discutir en las esquinas, formar sindicatos, romper huelgas. Todo se detiene bruscamente en 1923: el comienzo de los años dorados de paz social coincide con la estrepitosa caída de De Andrea, incapaz de dominar la oposición interna a su proyecto de unificación, y se inicia un interregno en la Iglesia local.

A su fin, emerge una nueva Iglesia, estrictamente subordinada a las líneas del papa Pio XI, transmitidas por el Nuncio, monseñor Cortesi. Desde entonces, y a lo largo de dos décadas, la Iglesia argentina tuvo un notable crecimiento institucional: se duplicaron los obispados, se multiplicó la parroquialización (en Buenos Aires se cuadruplican las parroquias en 20 años), se afirmó una conducción institucional –la conferencia episcopal-, y una jefatura casi monárquica de Copello, que a falta de otras luces, debe de haber sido un buen organizador. La constitución de la Acción Católica –el gran proyecto de Pio XI- subordinó todas las organizaciones de laicos a la jerarquía eclesiástica y les asignó un papel específicamente pastoral, lejos de los combates políticos que gustaban tanto a Grote como a De Andrea. La Acción Católica se dedicó a formar cuadros, seleccionados con rigor, para realizar el proyecto de Pio XI: *Instaurare omnia in Christo*. Tras Cristo Rey, el Papa convocó a un gran ejército, disciplinado y militante, para colocar a cada Estado en la senda de Cristo. El combate debía desarrollarse en las conciencias, contra el mal en sus múltiples formas: el liberalismo, la masonería, el protestantismo, el socialismo y el comunismo, los judíos, pero también todas las manifestaciones de la “vida moderna”.

Hay un combate celular: desarrollar la catequesis infantil –cine parroquial mediante-, cuyo éxito se mide con precisión, año a año, en el número de primeras comuniones, y cuya formalidad y vacuidad es a menudo lamentada por los eclesiásticos. La prueba de que somos un país católico empieza a ser irrefutable. Para el otro combate, se organiza a los jóvenes, atraídos por las asociaciones marianas –mezcla de devoción y sociabilidad-, los ateneos deportivos, como el que organiza el padre Meinvielle en Versailles, o las cofradías de ex alumnos, todo encuadrado por la Acción Católica. Esos jóvenes son la levadura de una movilización católica que, desde el Congreso Eucarístico de 1934, no deja de crecer, ganando la calle, amalgamando diversas ideologías y discursos políticos y conformando un catolicismo nacionalista e integrista que electriza el cuerpo católico y lo convierte en disciplinado ejército. Por primera vez en mucho tiempo la unidad es real, y la fuerza contribuye, en la Argentina dividida de fines de los 30, al combate grande: la conquista del ejército primero, y del estado después, un proceso que ha seguido paso a paso Loris Zanatta. En 1943, Iglesia, ejército y estado coinciden en proclamar la realización del ideal de la nación católica, cuya prenda más preciada es la enseñanza religiosa en la escuela pública, símbolo del detestado estado laico.

A lo largo de ese proceso, la definición de la nación se ha ido rehaciendo. Su identidad esencial deriva de la tradición conquistadora hispana y la acción civilizadora de la Iglesia: la espada y la cruz, que modelan un territorio esencialmente argentino. Las fuerzas armadas, que nacieron con la patria, son las forjadoras de su historia, instauradoras de una unidad permanentemente amenazada por las discordias de los civiles, entre las que serpean las ideologías foráneas. Sus próceres asumen la realización del plan divino; entre ellos el general Sarmiento, a quien la Iglesia invita a celebrar en 1938, a 50 años de su muerte, como el autor de una *Vida de Jesús*.

Sin embargo, esa conquista del estado sin pasar por la política es efímera. Los católicos, laicos y religiosos, militan activamente en una Argentina politizada y dividida: nadie recuerda los límites pastorales puestos a la Acción Católica. Los infinitos conflictos que atraviesan el gobierno militar, y los que lo enfrentan con la sociedad, desgarran a la Iglesia y al mundo católico, lo fragmentan, lo envenenan y pulverizan. Muchos católicos se enrolan en el antiperonismo. La jerarquía, y la mayoría de los católicos, optan por Perón, no de manera triunfal sino resignada: Perón se apropia, y no como vicario, de la Doctrina Social de la Iglesia, mantiene la enseñanza religiosa en las escuelas pero empieza a dictar cátedra de “auténtico cristianismo” a la jerarquía.

### **III. Perspectivas: un paso al costado**

Luego de la experiencia del estado peronista, se abandonó el sueño clerical de fundar un estado integralmente católico. Desde entonces el mundo católico exhibe sin pudores sus divisiones y desarrolla públicamente sus conflictos. La electricidad moral recorre partes de su cuerpo, pero rara vez lo unifica. Y sin embargo, su presencia es contundente. Luego de 1955 es fácil la identificación con el peronismo proscrito; la siempre elástica Doctrina social de la Iglesia le ofrece el marco para desplegar un activismo insospechable de comunismo; a sus contrincantes, en cambio, el mismo discurso los exime del pecado de egoísmo. Luego de renunciar a controlar el estado, la Iglesia se convierte en un lobbista más, y como otros grupos de interés, hace crecer su aparato educativo a costa de los recursos fiscales.

La militancia católica, resurgida en la lucha contra Perón, discurre por diferentes vertientes, sin perder sus vasos comunicantes: el padre Meinvielle asesora espiritualmente a *Tacuara*, luego escindida en una *Guardia Restauradora Nacionalista* y en otra facción, acaudillada por *Joe Baxter*. En efecto, quienes han sido formados en el integrismo católico pueden suministrar cuadros civiles a las fuerzas armadas, y fusionar fácilmente sus antiguos argumentos en las nuevas necesidades de la guerra fría: finalmente, la versión de nuestra identidad nacional católica termina de forjarse en 1976. Pero también en quienes en los sesenta y setenta desafían el poder del estado hay mucha militancia católica, convencida de que existe una fórmula católica para solucionar los males de la sociedad: finalmente el tercermundismo no es tan distinto de la Acción Católica militante. Hay luego una versión católica del resurgimiento democrático, que critica a la subversión y a la represión y no vacila en colocar en la picota a clérigos y laicos católicos. También, en otro plano, una versión católica de curas carismáticos o sanadores, capaz de contener el brote de religiosidad que alimenta a los movimientos evangélicos o sectarios. En conflicto, disputando agriamente, desmintiendo cada día la aspiración a la unidad y la jerarquía, hay

sin embargo versiones católicas para todo. En los treinta, y aún en los cincuenta, había en otro lugar de la Argentina un mundo claramente distinto; hoy no lo veo.